

Ningún hombre elige el tiempo en que ha de vivir pero en cambio es forzado a responder a ese tiempo y es esa respuesta la que mide su grandeza. El hombre que nació a las doce del día del domingo 6 de junio de 1875, hace justamente un siglo, en la apacible ciudad nansenática de Lübeck, en el clima eulórico de una Alemania imperial que acababa de imponerse al resto de Europa, en el seno de una tradicional y hasta opulenta familia burguesa, en el aparentemente más firme y duradero orden burgués que regía al universo, ese hombre habría de vivir un tiempo de "tormenta y asalto", un temporal que echó por tierra la herencia recibida y lo arrojó a una playa casi

de catastros sin que ellas le hicieran perder de vista al hombre creador que es el único valor perdurable de la especie, es la que mide su genialidad y la que justifica el reconocimiento en su centenario. Posiblemente porque en él supieron convivir armoniosamente el artista y el crítico y ambos se conjugaron en una tarea que sólo puede definirse como de incesante rescate del hombre. Tal como vivió Eliot, un gran escritor es aquel que lleva en sí un gran crítico y si esta última vía fue abordada tardía y dificultosamente por Mann, sólo ella le permitió otorgar a sus narraciones esa aura grave, reflexiva bajo la ironía, amorosa bajo la parodia, responsable en la más plena condición de libertad que la signa.

Como sus estrictos contemporáneos, Hofmannsthal, Rilke, Proust, él surgió en el clima esteticista que marca el fin del siglo, en esa transposición de la existencia en arte que nos proporcionó sutiles tejidos artísticos. Hablando de él, anotó sensatamente Arnold Hauser que "la embriaguez romántica de los sentidos y el salto mortal de la razón todavía constituían hacia finales de siglo la quintesencia del arte. La lucha del siglo XIX contra el espíritu del Romanticismo terminó en un empate: la decisión la trajo el nuevo siglo". Mann, efectivamente, nace bajo la triple inspiración de Schopenhauer, de Nietzsche y de Wagner, en el acrisolado individualismo del decadentismo finisecular, en la transparencia esteticista que nos dio los "dingedichte", el paseo de Odette bajo la sombrilla malva, la morbida suntuosidad funeraria de los amores de Tristán e Isolda.

Pero si allí nació, allí no quedó encerrado. En su camino encontramos el trazo del tiempo al cual el fue fiel, con equilibrio, con timidez a veces, con gravedad siempre. Los Buddenbrook serán la historia de su familia de comerciantes, iniciada a comienzos del siglo XIX con los serios, laboriosos, austeros burgueses de Lübeck, para concluir un siglo después en la disipación del último vago artista, sensible, nervioso,

Thomas Mann: La Lucida Respuesta

a Nuestro Tiempo

desprendido de las condiciones familiares. Está allí presente una experiencia de vida de rara acuidad que ha de marcar el resto de su arte, donde estos dos polos jugarán en constante debate: el orden burgués y la libertad del arte, la continuidad oscura de la especie, y el brillo de una engeguadora creación, la "alemanidad" y la "latinidad" que él alguna vez atribuyó, como Goethe, a los rasgos dispares de sus dos progenitores (padre, burgués, alemán; madre, artista, de origen brasileño), la continuidad de un claro orden establecido y la entrega a las potencias oscuras del demonismo.

Entre ambos polos comienza a contarse en ese libro una historia que se prolongará en los restantes: la parsimoniosa decadencia burguesa. Esa fue, tal como él mismo la describió, su tarea central, la que el tiempo que vivió le impuso. No fue un narrador decadente, como con poco tino alguna vez señalaron sus críticos, sino quien supo describir con ajustado equilibrio, con

respeto y con objetividad, el fatal proceso de desintegración de una clase social. Mientras los más jóvenes, Franz Kafka o Bertolt Brecht, ya nacen del otro lado de la catástrofe, ya muestran el envés que dejó el temporal al retirarse: Thomas Mann contará su lento e implacable proceso. Minada primeramente por el arte, que es un desorden dentro de la estructura burguesa cerrada, ésta será luego conmovida por la irrupción de las potencias sociales comprimidas. El mejor analista de la obra de Mann, Georg Lukács, percibió que su importancia residía justamente en su negativa a fijar ninguna cartilla utópica, sino, al contrario, en su concentración perspicaz sobre el proceso vivo. "Lo que se nos ofrece en la obra de Mann —dice— es la Alemania burguesa (completada por su génesis, por la desvelación de los caminos que han conducido hasta ella); es su problemática interna intensamente apresada pero de una manera tal que su dialéctica lleva, por vía natu-

ral hasta más allá de sí misma y nunca hacia una perspectiva de futuro encantada en el presente, ni tampoco vivificada de una manera entre utópica y realista"

Tal proyecto, que alcanza su maduración en, La montaña mágica, que puede seguirse en sus admirables relatos breves (del tipo de Tonio Kröger o de la muerte en Venecia y aun mejor en esas siempre postergadas y a la postre inconclusas Confesiones del estafador Felix Krull) pero que sobre todo debe recuperarse al nivel de su más ambiciosa parábola sobre el universo contemporáneo (y no sólo sobre su patria alemana) de Doktor Faustus, ya no podía utilizar como vía expresiva las estructuras artísticas del esteticismo finisecular ni las del realismo naturalista contemporáneo. Ese proyecto se correspondía con una nueva visión de la literatura, o, mejor, con la sospecha de la imposibilidad misma de la literatura, de su incapacidad para decir en forma decisiva y objetiva la existencia de un mundo que

no era otra cosa que un problema. La alucinante problematización del universo en crisis, la inseguridad de su incesante cambio dentro del cual ninguna vía permanente podía avizorarse, la destrucción de un orden burgués pero también la pura ilusión de un orden exclusivamente artístico, están en la base de sus concepciones narrativas, en la sabiduría con que volvió a manejar las formas decimonónicas de la novela cuestionándolas al mismo tiempo, desdiciéndolas y descreyéndolas. El manejo de sus narradores intermedios, la opacidad de las miradas que trasmiten el mensaje sobre la realidad pero más que nada su innato y puante sentimiento paródico, que ya no le permitía recuperar ninguna forma de arte sin hacerla girar bajo una luz de sutil comicidad o de impenitente ironía, esa asombrosa capacidad lúcida que recorre sus libros y le nosola cualquier afirmación demasiado solemne, ese doble juego en que se sitúan sus mejores obras, no hacen sino reconocer la dificultad para instaurar una poética nueva, reemplazada por una reposición paródica y distorsionada de las poéticas ya pasadas. La decadencia de la burguesía es también, para Mann, la decadencia de sus estructuras artísticas, pero del mismo modo que no afirma su fin tampoco afirman la sustitución de ellas (y si se piensa en la permanencia del género novela habría que convenir que no se equivocaba) y si solo la incredulidad.

El camino de Mann hacia la contemplación de esta compleja circunstancia del mundo actual, fue arduo. No hay semejanza posible en su actitud ante la Primera Guerra Mundial, que llevó a la polémica y al distanciamiento con su hermano mayor, el novelista Heinrich Mann, con su actitud cuando el movimiento nazi y su posición durante la guerra. Pero defectos y virtudes, en estos casos, no sólo proceden de las "consideraciones de un apolítico" como él titulara su libro de 1918, sino sobre todo de su integración en una cultura, la de su país, que

pasa a la pág. 11.



Por
Angel
Rama

desconocida. Cuando murió en Zurich en 1955, a los ochenta años, había vivido dos guerras mundiales, la desgarrada crisis de la sociedad contemporánea, el surgimiento de los socialismos, la locura del nazifascismo, había cambiado de país y aun de nacionalidad más veces que de zapatos como diría su compatriota Brecht y, más que nada, había visto derrumbarse una cultura, quebrarse la continuidad de una tradición secular, había visto el nacimiento y la eclosión de los bárbaros tiempos modernos.

La capacidad de Thomas Mann para vivir este ciclo con permanente autenticidad, para constituirse en el ligamen de un tiempo y de otro, para construir una obra artística que "dijo" con verdad esta serie

La Lúcida.....

aun en los momentos en que temo alejarse de ella por el vuelo de una fantasía demasiado liviana o "latina", no dejo de respetar, revalorar y enriquecer como solo se puede hacer con la familia propia, con la tierra propia, con esos valores que son más que la vida y son la vida misma.

Es esa profunda, honrada, veraz "germanidad" de su arte y de su pensamiento, es esa lúcida visión del destino histórico

y es esa amplitud objetiva de su concepción del hombre siempre creador la que explican que, llegado el momento de su centenario, no sea una u otra parte de la nación dividida la que rinde los honores, sino todo un pueblo. Y es justo, porque a ese pueblo Thomas Mann le proporcionó motivos para ver lo mejor de sí mismo, para percibir la continuidad histórica y para poder proyectarse creativamente en el futuro.